

La ciencia desconcertante de la covid

► El temor a ser tachados de «alarmistas» silenció a algunos científicos al inicio de la pandemia ► Además, organismos como la OMS han sido reacios a modificar sus recomendaciones en cuestiones clave como las mascarillas o las vías de contagio



Transeúntes con mascarillas en València.

EDUARDO RIPOLL

RAFA LÓPEZ, VIGO

Desde comienzos de este año se han emitido dictámenes científicos desconcertantes por parte de organismos tan relevantes como la Organización Mundial de la Salud (OMS), a la que muchos gobiernos siguen al pie de la letra, relativos, por ejemplo, al uso de mascarillas o el contagio del coronavirus. Epidemiólogos oficiales como los de España y Suecia han sido cuestionados por sus colegas por la forma en la que han dirigido el abordaje de la epidemia en sus distintos países. Y no han sido pocos los científicos e instituciones que, al comienzo de la pandemia, no pudieron o no quisieron transmitir la gravedad de lo que estaba ocurriendo, seguramente por miedo a ser tachados de «alarmistas».

Es el caso de Antoni Trilla, responsable de Epidemiología del Hospital Clínic de Barcelona, que a mediados de febrero declaró en una entrevista que se estaba generando una histeria injustificada frente al nuevo virus. «Es una locura, con el coronavirus se están montando unas bolas espectaculares», dijo Trilla, que el 21 de marzo pasó a formar parte del Comité Científico Técnico Covid-19 del Ministerio de Sanidad.

La idea de que la nueva enfermedad era menos grave que una gripe se impuso en las declaraciones de los científicos a los medios. El virólogo José Antonio López Guerrero, que el 27 de febrero firmó en «El Cultural» un artículo con el elocuente título de «COVID-19, más que un catarro, menos que una gripe», sigue ejerciendo como experto en cadenas de televisión como la Sexta. «Cuando todos revisamos lo que comentamos en los meses previos hemos de reconocer que nadie pensó que esto iba a tener la dimensión que ha tenido», admitió hace unos meses el eminente microbiólogo gallego Emilio Bouza, uno de los científicos que ha hecho una «crítica profesional generalizada» sobre lo ocurrido entonces. El 9 de junio, Bouza dijo ante la Comisión para la Reconstrucción que los microbiólogos en Italia les alertaron en febrero de que la covid-19 era algo horrible: «Infectólogos italianos que se formaron con nosotros, que trabajan en Lombardía y con los que tenemos un contacto telefónico frecuentísimo no transmitían este mensaje: Esto es muchísimo mayor de lo que parece, incluso de lo que podéis deducir por la prensa, tomaos esto muy en serio». Sin embargo, Bouza dijo el 3 de marzo en el Canal 24 Horas que «la expectativa de curación para una persona con coronavirus es similar o mejor que la gripe del año pasado». «Ocurrió lo que ocurre siempre: que uno aprende las cosas cuando las vive —explica Bouza—. Los datos de Italia nos parecían que podían responder a un sesgo de la población con mucha gente mayor. Había también un cierto deseo de no crear una alarma desproporcionada, que no la hubiera sido». Sostiene el científico gallego

que «quien hubiera lanzado una alarma del calibre de la que hoy creemos que hubiera sido necesario se le hubiera criticado tremendamente en su momento, por superalarmista, por dar información no basada en hechos».

Aunque el error de cálculo más sonado fue el del portavoz científico del Gobierno en esta crisis, Fernando Simón, y su ya célebre «Españano

Martín-Moreno, de la UV, reclama que se revelen más datos sobre las vacunas en estudios revisados

El epidemiólogo oficial sueco Anders Tegnell admitió en junio el error de su estrategia con resultados nefastos

va a tener, como mucho, más allá de algún caso diagnosticado» del 31 de enero, coronado dos semanas después en la Sexta: «Me sorprende el exceso de preocupación —dijo—. La gente no se agobia con la gripe porque es algo a lo que estamos acostumbrados».

También el Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) se apuntaba entonces, en un tuit del 24 de febrero, a comparar las cifras absolutas de la temporada de gripe estacional, ya terminada, con las del brote en curso de covid-19 para restarle importancia al segundo. Algo, desde luego, muy poco científico.

«Sologripismo»

Científico del CSIC a la par que dirigente de Unidas Podemos, Pablo Echenique se abonó también en un principio a la tesis del «sologripismo», encabezada para el gran público por el corresponsal de TVE en Italia Lorenzo Milá, al que el político aplaudía en Twitter por hablar de «una gripe menos agresiva que la de todos los años» frente al pseudoperiodismo de los reporteros con mascarilla». «En las portadas y en las ter-

tulias, el coronavirus corre desbocado y es una peligrosísima pandemia que causa pavor. En el mundo real, el coronavirus está absolutamente controlado en España», decía Echenique en Twitter el 25 de febrero.

Frente a los que sostienen que no se podía prever que el SARS-CoV-2 pudiese provocar una pandemia están científicos como Adolfo García-Sastre, virólogo del Hospital Monte Sinaí de Nueva York, que en junio dijo en una entrevista en RTVE.es que «esta pandemia se podía haber previsto y no se ha hecho. En determinados círculos se sabía que esto podía ocurrir y que se podía mitigar de un modo más robusto a como se ha hecho, porque ha quedado claro que no estábamos preparados (...) Si tarda mucho en llegar la próxima [pandemia], va a haber una cierta complacencia que conducirá a pensar que no nos va a ocurrir algo así, como creo que en general sucedió con esta».

¿Por qué muchos científicos renunciaron a dar la voz de alarma en enero y febrero? Quizá pueda explicarse por el llamado «efecto espectador», estudiado en un famoso expe-

rimento realizado en 1968 por los psicólogos sociales Bibb Latané y John Darley, que demostraron que la gente que nos rodea influye en nuestras respuestas a situaciones de emergencia. En el experimento, los participantes esperaban en una habitación que gradualmente se llenaba de humo. Un participante esperaba solo, con otros dos participantes inocentes, o con dos cómplices del experimento que ignoraron el humo y se quedaron en la habitación. El 75 % por ciento de los participantes solitarios alertaron del humo, mientras que solo el 38 % de los participantes que estaban con otros participantes y solo el 10 % de los participantes que estaban con los cómplices lo hicieron. Los resultados demostraron que el comportamiento pasivo de los transeúntes ejerce una influencia social negativa sobre el comportamiento de evacuación en caso de emergencia. El experimento fue motivado por el asesinato de la joven Kitty Genovese, presenciado en Nueva York por 38 personas, que durante 35 minutos vieron el crimen sin que nadie llamase a la policía ni hiciese amago de intervenir. Quizá por esta «difusión de la responsabilidad» una mayoría de científicos «sologripistas» en España se impuso al resto. Cabe decir también que algunas de las instancias científicas, como la representada por Simón, se debían más a posiciones políticas que al ejercicio independiente de la ciencia.

También la sospecha de influencia política ha flotado sobre la OMS, organización acusada por expertos como su exdirectivo Rafael Bengoa de estar demasiado burocratizada y mediatizada por ciertos gobiernos. El «New York Times» se hacía eco el 9 de junio de la preocupación de varios científicos ante el retraso de la OMS en adoptar y difundir los descubrimientos de investigadores sobre la pandemia. No fue hasta junio cuando la OMS recomendó el uso generalizado de mascarillas. Prácticamente todos los científicos y gobiernos llevaban meses recomendándolas e incluso obligando a su uso —como España—, aunque algunos —como España— tardaron más que otros. También en junio la doctora Maria Van Kerkhove, directora técnica de la OMS en esta pandemia, dijo que «todavía parece raro que una persona asintomática realmente contagie a otro individuo». La declaración le valió la crítica generalizada de los científicos, cuyos estudios han demostrado sistemáticamente la transmisión del SARS-CoV-2 por personas asintomáticas o presintomáticas.

Dentro de la OMS ha sido especialmente controvertida la posición vacilante de su directora de Salud Pública, la española María Neira. Ya el 21 de enero aventuraba que «es poco probable que el coronavirus de China llegue a España». «¿Es justificada la alarma? Hay que actuar más que

Aerosoles: Dejan la duda en el aire, pese a la «evidencia abrumadora»

► La última controversia de la OMS tiene que ver con la vía de contagio a través de aerosoles, que la mayoría de los científicos consideran no ya importante, sino principal, frente a la transmisión por gotas que sigue defendiendo la OMS. «Hecho: la covid-19 no está en el aire», tuiteaba la OMS el 28 de marzo, negando así tajantemente el contagio por aerosoles. El experto mundial en aerosoles José Luis Jiménez y otros 238 científicos escribieron una carta a la OMS en la que pedían que rectificase su postura ante la «evidencia abrumadora» de la transmisión por aerosoles, algo que la OMS no ha hecho aún, al menos de forma inequívoca. «Este error pasará a la historia como cuando la Iglesia católica encerró a Galileo por decir que la Tierra da vueltas al Sol», ha dicho Jiménez. R.L. VIGO

inquietarse o alarmarse», añadía dos días después en la cadena SER. El 27 de febrero, en declaraciones a la emisora RAC-1, Neira recalcó que las mascarillas son para uso del personal sanitario y señaló que el descenso de víctimas y contagiados que se estaba registrando en China «podría significar que la epidemia ha tocado techo y ya ha llegado al pico epidémico». El 6 de marzo, cuando las cifras en España eran ya preocupantes (382 casos diagnosticados y 5 muertos), Neira señalaba en Antena3: «No hay una expansión explosiva. Se está consiguiendo contener». La lista de pronósticos errados, casi siempre demasiado optimistas, por parte de la experta española, excede la extensión de este reportaje.

Otro aspecto de la pandemia todavía discutido es el de los niños y su capacidad para contagiar. La mayoría de los estudios apuntan a su escaso papel en la transmisión del SARS-CoV-2, aunque investigaciones como la del virólogo «oficial» de Alemania Christian Drosten demostraron que no hay diferencias significativas en la carga viral entre niños y adultos. El pasado 27 de noviembre, un estudio prospectivo del hospital Vall d'Hebron de Barcelona confirmaba que los menores de edad son poco transmisores del nuevo coronavirus. Así lo apuntó también Fernando Simón en algunas comparecencias.



Fernando Simón, en una de sus comparecencias.

EFE

Sin embargo, el pasado 3 de diciembre incurrió en una aparente contradicción al tratar de justificar por qué España incluía a los niños en los cupos de asistencia a las cenas navideñas, cuando otros países (como Alemania) y comunidades autónomas (Galicia entre ellas) los excluían del cómputo. «Es cierto que hay quien considera que cuando hablamos de núcleos familiares en los que hay niños se podría restringir el contagio a los adultos –reconoció–. Es una cuestión que se discutió y se decidió que los niños entraban dentro del grupo y desde luego tiene una lógica muy clara: los niños se infectan y pueden transmitir. Yo creo que no hay mucho más que comentar», zanjó.

No ha sido Simón el único epidemiólogo «gubernamental» desmentido por sus colegas y por el propio curso de la pandemia. La estrategia sueca de lograr la inmunidad de grupo suavizando las restricciones, alentada por el epidemiólogo estatal Anders Tegnell, ha tenido unos resultados nefastos. Suecia registra cifras de fallecidos que multiplican las de sus vecinos escandinavos, Noruega, Finlandia y Dinamarca: Suecia suma 7.067 muertos para 10,2 millones de habitantes, mientras que los otros tres países suman 1.654 fallecidos para un total de 16,6 millones de habitantes. En junio, Tegnell admitió su grave error.

La búsqueda de la inmunidad de grupo, que adoptó en un principio

Reino Unido y luego rectificó, la siguió Suecia y la defendió el grupo de expertos que el 4 de octubre publicó la llamada declaración de Great Barrington. En ella rechazaban el confinamiento por sus consecuencias económicas, y defendían que los más vulnerables debían autoaislarse. A esta iniciativa respondieron otros científicos con el manifiesto John Snow, que rechazaba la búsqueda de la inmunidad de grupo sin vacunas por costar millones de vidas, por el desconocimiento sobre la inmunidad individual de esta enfermedad y los obstáculos éticos y técnicos que plantea la llamada «protección focalizada» de los más vulnerables.

La última controversia científica tiene que ver con las vacunas: si bien existe el consenso científico de que los resultados de la de Pfizer, Moderna y AstraZeneca son más que prometedores y que las vacunas son seguras, muchos expertos, como el epidemiólogo español José María Martín-Moreno, profesor de la Universitat de València, reclaman que se revelen más datos sobre ellas en estudios revisados por pares y publicados en revistas científicas, dado que las informaciones disponibles proceden de notas de prensa de las propias farmacéuticas y todavía hay muchos detalles que se desconocen.